

AGENDA CIUDADANA

LOS CUATRO EJERCITOS

Lorenzo Meyer

Reglas Nuevas y Actores Viejos .- Para tener éxito, el cambio político que tiene lugar hoy en México requiere que los viejos actores acepten y aprendan a desempeñar sus papeles con reglas nuevas y buscando objetivos diferentes, mejores. Para ninguno de ellos -la presidencia, la burocracia, el PRI, los partidos de oposición, los sindicatos, la embajada norteamericana, la iglesia, los medios de comunicación, los levantados en armas, los banqueros, los grupos de interés y los de presión, etcétera- va a resultar fácil el proceso, pero no hay duda que le va a resultar especialmente difícil a un actor que en el pasado, y de manera sistemática, buscó mantener su vida interna y muchas de sus acciones lejos de la mirada del resto y de la sociedad en su conjunto: el ejército. Sin embargo, por penoso que resulte este proceso de cambio, todos los actores institucionales, incluidas las fuerzas armadas, deberán buscar acoplarse a él, hacerse funcionales a la democracia incipiente y al nuevo pluralismo, pues esta forma de proceder es indispensable si México ha de llegar a ser una sociedad políticamente moderna, eficiente y respetable.

La democracia que apenas se inicia ya está obligando a los mandos militares a algo enteramente desusado para ellos, aunque común en los países con sistemas políticos abiertos y plurales: a ser objeto del escrutinio de los medios de difusión y a tener que dar cuenta de sus actos no sólo a los secretarios de la Defensa y Marina y a su "jefe nato" -el presidente-, sino también a los

otros poderes de la federación -en concreto, al nuevo Poder Legislativo- y, finalmente, al verdadero soberano: a la sociedad. Lo anterior viene al caso por el revuelo que han causado unos documentos elaborados por los servicios de inteligencia militar para información interna de la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA) y que aparecieron en la revista *Proceso* del 27 de julio. En ellos se mencionan, entre otras cosas, relaciones de ciertos generales, jefes y oficiales con narcotraficantes y lo que Sedena había informado al ex presidente Carlos Salinas sobre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional desde antes del 1° de enero de 1994.

Lo publicado por *Proceso* y la reacción que en torno a ese hecho recogieron los medios de información, no debería ser interpretado y respondido por la Sedena como un ataque o conspiración contra el ejército sino como algo, a la vez, más sencillo y más profundo: como la demanda -exigencia, en realidad- de la sociedad a las fuerzas armadas de cambiar los arraigados hábitos que desarrollaron bajo el régimen autoritario que ya va de salida, abrirse al escrutinio público y rendir cuentas públicas de sus actos. Es verdad que se trata de una demanda difícil de aceptar para generales hechos bajo otras reglas y costumbres, pero deben entender que México esta viviendo un proceso de transición política y ésta debe facilitarse, no entorpecerse.

Ejército y Política.- Si se acepta como válida la teoría elaborada al inicio del siglo pasado por el general prusiano Carl Philipp Gottlieb von Clausewitz de que la guerra -la tarea

fundamental de cualquier ejército - no es un fin en si mismo sino simplemente "la continuación de las transacciones políticas, llevando consigo la mezcla de otros medios" (*De la guerra* (1832) libro VIII, capítulo 6B), entonces queda claro que, por definición, es imposible la existencia de un ejército apolítico, como algunos han pretendido y aún pretenden que es el mexicano actual. La contribución más interesantes de von Clausewitz sobre el tema es justamente la doctrina de la dirección política en todos los asuntos militares, pues el ejército, cualquier ejército, es un mero instrumento del Estado del que surgió, del que vive y al que sirve. Por lo anterior, es la naturaleza de ese Estado, en particular la de su régimen político, lo que finalmente determinará la naturaleza del ejército y no al revés. En la lógica del general prusiano, cuando la política es grande, la acción militar también tiende a asumir ese carácter de grandeza, pero cuando la política es pequeña, ruin y corrupta, inevitablemente también lo es la acción militar. Desafortunadamente, la historia política mexicano ilustra bien la hipótesis de von Clausewitz; lo que ahora se requiere es que el ejército comprenda el cambio político sustantivo que está teniendo lugar en México, lo asimile y apoye, para así superar un pasado -el suyo particular y el colectivo en general- que es muy parco en momentos de grandeza política y abundante en lo contrario.

El Primer Ejército.- Lo que hoy es México fue incorporado al sistema mundial en el siglo XVI por la vía militar, es decir, por la fuerza de las armas. En efecto, la conquista en su etapa

inicial fue una empresa eminentemente militar producto de la expansión del recién formado Estado nacional español. Así pues, la lógica político-militar está en el corazón mismo del sangriento y penoso nacimiento del México mestizo y subordinado al proyecto de la Corona de España bajo los Hapsburgo.

Es paradójico pero comprensible, que tras la conquista de México no se formara un ejército profesional para sostener el nuevo orden político. Comprensible porque, en realidad, al inicio, la sociedad de los conquistadores en su conjunto formaba un peculiar ejército, pues todos ellos estaban obligados a tener armas y caballos y prestar servicio militar cuando las condiciones del reino así lo requiriesen. En Nueva España, el ejército profesional no nació sino hasta muy tarde -ya bien entrado el siglo XVIII- a instancias del virrey Marqués de Cruillas -un militar profesional-, y como respuesta a las amenazas de una invasión inglesa.

Ese ejército original fue pequeño, pero ante el desafío que significó en 1810 el inesperado levantamiento de los independentistas encabezados por Miguel Hidalgo primero y José María Morelos después, lo militar adquirió una importancia central. Tras suprimir casi por completo y con enorme brutalidad el movimiento insurgente, el nuevo ejército se encontró bien plantado en el centro de la vida política. Y fue justamente ese ejército, en particular el cuerpo comandado por el coronel Agustín de Iturbide, un criollo, el que aprovechó en 1821 los miedos y prejuicios de españoles y criollos acaudalados frente al liberalismo que otros militares profesionales habían implantado

en la lejana España -la rebelión de Riego- para traicionar a su rey, declarar independiente al reino y negociar la paz con los insurgentes que aún operaban en el sur, para finalmente dar forma a un enorme y efímero Imperio Mexicano con el propio Iturbide, como Agustín I, a la cabeza.

Colocado como el *factotum* de la política nacional, un ejército con fueros y formado en la lucha contra su propia sociedad y no contra otros ejércitos profesionales, puso y quitó gobiernos, consumió presupuestos y se convirtió más en un azote público que en un garante de la independencia. De imperial, el ejército pasó rápidamente, con el general Antonio López de Santa Anna a la cabeza, a republicano aunque muy conservador, pero en cualquier caso se mostró incapaz de retener Texas y finalmente resultó un desastre total cuando debió enfrentar a otro ejército profesional -al norteamericano-, en la guerra del 46-48. Finalmente, la revolución de Ayutla, la guerra de Reforma y la derrota del segundo imperio encabezado por Maximiliano de Habsburgo, puso fin a ese lamentable ejército nacido en las postrimerías del siglo XVIII y que, finalmente, representó más un castigo para los mexicanos que para los invasores extranjeros.

El Segundo Ejército, el Liberal.- A partir de la restauración de la República en 1867, un nuevo régimen empezó a echar raíces en México -el liberal- y con él un nuevo ejército que venía de los grupos guerrilleros antisantanistas, y que no dejó de lado algunas de las viejas costumbres. En efecto, en 1877 el general Porfirio Díaz hizo suya la presidencia no por la vía de los votos sino por la tradicional de las armas. Su largo

gobierno -una dictadura personal- dio forma a un ejército profesional pero pequeño y bien controlado -el caudillo oaxaqueño no quería que alguien más usara la escalera que el había empleado para llegar al poder-, que le sirvió bien al general-presidente mientras este mantuvo el consenso de las élites y sólo enfrentó rebeliones como las de los mayas, los yaquis, la gente de Tomochic o los obreros de Río Blanco. Sin embargo, cuando ese gran consenso se rompió y estalló una rebelión pluriclasista y con varios frentes en 1910, el ejército liberal ya no funcionó tan bien y tras cuatro años de cruenta guerra civil fue derrotado en toda la línea. Por segunda vez en su corta historia como Estado nacional, México vivió la eliminación de un ejército profesional que, bajo el mando de Porfirio Díaz primero y Victoriano Huerta después, no pudo y luego ni quiso ni supo, transitar a la democracia.

La Revolución Mexicana y el Tercer Ejército.- El tercer ejército que ha tenido el Estado nacional mexicano, surgió de la Revolución Mexicana, mucho menos de los zapatistas y villistas -los más radicales-, y mucho más de los carrancistas -los más conservadores.

El tercer ejército lo formaron generales que no fueron militares profesionales, sino civiles y políticos a los que una revolución, que primero fue política y más tarde social, vistió de uniforme. Hasta la creación del partido de Estado en 1929 y aún después, el ejército fue la espina dorsal del nuevo régimen, de ahí sus frecuentes divisiones, pues la lucha política fundamental se dio dentro de unos mandos militares altamente

politizados: rebeliones de Agua Prieta, delahuertita, escobarista, etcétera.

Políticamente, el papel de ese ejército fue preparar el campo para la formación del partido de Estado. El sostén del PNR fue el ejército, y el sector militar fue fundamental en la construcción del PRM en 1938. Sólo con la desaparición del sector militar en 1940, con la II Guerra Mundial y con el surgimiento del PRI, el tercer ejército abandonó el centro de la política, pero no su papel de defensor de última instancia del presidencialismo autoritario, como bien lo probaron sus acciones en contra del almazanismo, el henriquismo o durante el movimiento del 68, por citar los casos más claros pero no únicos.

¿El Cuarto Ejército?.- Por primera vez desde su nacimiento como una nación independiente, México tiene la oportunidad de modificar su régimen político por una vía que si bien no es enteramente pacífica -en la lucha actual por la democracia, la oposición ha pagado y sigue pagando su cuota de sangre- puede no ser catastrófica. Siguiendo lo propuesto por von Clausewitz, si el régimen político cambia, también lo hará el ejército, pero el proceso no es automático; el instituto armado puede resistirse o facilitar el cambio.

El México democrático requiere de un cuarto ejército, que deberá ser el actual pero con una mentalidad y prácticas diferentes. Se requiere de un ejército que muestre un respeto absoluto a la legalidad y que se aleje del tipo de violaciones a los derechos humanos que se han venido denunciando a partir del 1° de enero de 1994, cuando estalló la rebelión indígena de

Chiapas. El nuevo ejército deberá de tener claro que su lealtad fundamental no es ya a la presidencia autoritaria ni a su partido de Estado, sino a la institucionalidad democrática y plural que esta naciendo. En estas condiciones, a nadie debería molestar que se discuta si mantener al ejército en contacto diario con el narcotráfico y su enorme corrupción es la mejor vía para servir al interés nacional o debería crearse una nueva institución para tal efecto. En fin, el ejército del futuro no deberá sentirse agraviado porque su naturaleza y sus tareas se discutan públicamente como ocurre en todos los sistemas democráticos. Ojalá ese cuarto ejército ya esté naciendo y de manera natural, sin resistencia ni conflicto, pues lo necesitamos.